

se les encierra en una silla de posta ; se les hace pasar de esta prision móvil á bordo de una embarcacion ; y en fin , se les arroja sobre una playa que ellos no han escogido , y en donde quizá se pueden ver sin sin recurso ninguno. Tal es el tratamiento que las leyes , vigentes veinte y cinco años ha , permiten á los ministros que puedan hacer pesar sobre todo hombre que no es inglés : y es preciso observar que estas leyes se aplican (quiero valerme aquí de las palabras del mismo caballero sir Romilly) « no sola-
 » mente á las personas que llegan á In-
 » glaterra , sino á veinte mil individuos
 » que estan domiciliados , que han resi-
 » dido allí por espacio de muchos años ,
 » y establecido sus familias y su industria ,
 » que han trasportado todas sus propie-
 » dades , que se han casado con inglesas ,
 » y que han hecho , en una palabra , de
 » la Inglaterra su residencia constante y
 » su patria única. » La justicia me obliga

á reconocer que estas leyes terribles rara vez se aplican ; pero algunas veces no dejan de llevarse á efecto y sin exámen previo , con la particularidad de que los ministros no tienen obligacion ninguna de asignar causa cuando hacen la aplicacion. ¡ Cosa terrible ! y mucho mas si se consideran sus afectos , los cuales alguna vez han sido tan fatales que han causado la muerte de los extrangeros ; porque hay mas de un ejemplo de algunos desgraciados que han sido arrojados sobre las costas del continente , que no eran otra cosa que una cadena de escollos , por afecto de una consecuencia deplorable de nuestras tempestades revolucionarias , y de la obediencia dócil de aquellos que hoy nos echan en cara con acritud la nuestra.

Sir Samuel Romilly combatió siempre estas medidas atroces ; y si su voz elocuente no consiguió que tuviesen efecto sus esfuerzos , consiguió sin embargo,

que se adoptaran alguna vez. Una de las ventajas de la oposicion en los gobiernos representativos es la circunspeccion que impone al poder, aun cuando triunfa; y asi para comparar bien sus ventajas es necesario tomar en cuenta el mal que no se hace.

Creo, señores, no haberme explicado con imprudencia hablando de las leyes extranjeras, que con todo cuidado insinué no se aplicaban frecuntemente, y cuyas circunstancias producirán sin duda su próxima abrogacion. Con este motivo no quiero dejar pasar un pensamiento dulce y consolador que se me presenta: no ha muchos años que un espíritu de persecucion disputaba á sus víctimas hasta el mas pequeño refugio en el mundo que se dice civilizado. Por todas partes se profesaba un orgullo que protegia las doctrinas opuestas á la hospitalidad, y se podia decir que el título de gloria de los hombres poderosos era el de arrojar

fuera de sí á los que les suplicaban y á los desterrados fugitivos. Si algun pais menos salvage parecia acordarse que el derecho de asilo era inviolable, al momento se levantaban voces implacables para persuadir que la generosidad era un crimen, y que el orden solo se conservaba y consistia en el destierro y la extrañacion. Pero estos tiempos ya no existen, y los desterrados respiran: la patria mira con interes á sus hijos por distantes que se encuentren, y se complace en prever la época en que podrá recogerlos en su seno.

Campeon celoso de la libertad individual de todos los habitantes de la Europa, el caballero Romilly no podia tampoco ser insensible á los sufrimientos no menos injustos y mas espantosos de una raza de hombres, á quienes los europeos han mirado por largo tiempo como una presa entregada sin defensa á su barbaridad y codicia. Los infelices negros arrebatados

á sus familias, hacinados en edificios llenos de infeccion, espirantes de miseria en la travesía, ó pereciendo en el trabajo y el dolor bajo el azote de sus verdugos; estos negros, cuya esclavitud, desde las seducciones ó violencias de que se echa mano para robarlos, hasta los suplicios espantosos que se emplean y prolongan para contenerlos, es un crimen que ningun interes puede justificar, ni puede tampoco absolver ningun sofisma; estos negros encontraron en Sir Samuel Romilly un émulo y un apoyo del virtuoso Wilberforce, y sus dos nombres son célebres por haber procurado la abolicion de un tráfico que es quizá la mas grande maldad con que se han manchado la naciones modernas.

La tolerancia religiosa constituye una parte esencial é indispensable de toda libertad política, pero no obstante hay circunstancias que separan estos dos grandes principios. Cuando un pueblo que

quiere ser libre créé reconocer en una creencia un enemigo de su libertad, está propenso á perseguirla: pero no tiene razon; bastaria impedirle de tomar un dominio, y colocarla al igual de todos los demas cultos, pues, perdiendo la supremacia, dejaria de ser peligrosa, al paso que la proserpcion, lebantando á su favor todas las pasiones generosas de nuestra naturaleza, la hace mas terrible porque excita el interes general. No hay duda que un pueblo yerra grandemente cuande perpetúa las leyes opresoras, que no excusa, á los ojos de la justicia y de la razon, aun el momento de una crisis política. Este yerro ha sido el de los ingleses. La religion católica, largo tiempo perseguida por ellos en Irlanda y humillada de un modo el mas cruel, ha encontrado cierta suavidad gradual en el progreso de las luces; pero la leyes que existen todavia, merecen la reprobacion de todo hombre imparcial que quiere

que todos sus semejantes, que tienen iguales derechos, tengan tambien una parte igual en la proteccion de la sociedad.

La cuestion de la emancipacion de los católicos se reproduce sin cesar en Inglaterra, porque nada se resuelve definitivamente donde queda injusticia. Sir Samuel Romilly desde su entrada á la cámara de los Comunes no dejó pasar ninguno de los debates excitados por esta cuestion sin prestar todo el apoyo de su elocuencia á las reclamaciones de los oprimidos...

Peró esta cuestion de la libertad de los cultos me conduce á hablaros de una obligacion mas directa, ó quizas mas nacional que hemos contraido con este infatigable defensor de todos los principios, en que se funda la paz y la felicidad de las asociaciones humanas: y ofreciendo á su memoria el tributo del reconocimiento frances quisiera no renovar tristes recuerdos, pero si los sentimientos deben callarse, por lo-

menos séanos permitido tributar le gracias; pues sería demasida arrogancia en los culpados, que para no dar oidos á un ruido que les es importuno quisieran privarnos del placer de elogiar á los hombres de bien.

Nadie ignora que en 1815 se renovaron en algunos departamentos de Francia los horrores de las *dragonadas*. Las casas de los protestantes fueron incendiadas; los hombres inhumanamente asesinados, y algunas mugeres y ancianos cruelmente atormentados antes de darles la muerte; y uno de nuestros representantes (M. d'Argenson) fue el único que lebantó el grito contra estos desórdenes: no recordaré el modo como fue acogido este grito de la humanidad ultrajada, pero es muy constante que el mormullo que quiso encubrirlo no pudo evitar que rezonara mas alla de los mares. Los co-religionarios de las víctimas lo habian oido y no fueron sordos á su voz.

Se formaron en Inglaterra algunas asociaciones de protestantes, y varios miembros de ellas se dedicaron, no sin algun riesgo, á verificar los hechos. Los presidentes de las mismas escribieron á un personage ilustre para obtener informes y su opinion.

¿ Quien dirá , como malamente ha querido suponerse, que aquellas asociaciones se excedieron de los límites que la política prescribe á la intervencion de los pueblos en los intereses los unos de los otros? Hay sobre este punto, hombres muy pusilánimes cuando se trata de impedir el mal, y muy fáciles cuando se trata de hacerlo. La Europa y la historia han alabado á la reina Elisabet por haber eztapinado su palacio de negro en Londres, para recibir al embajador de Francia despues de los asesinados del dia de *M. Bartolomé*. ¿ Qué mas han hecho las familias protestantas que vestirse de luto por la matanza de sus hermanos?

La humanidad, la piedad, el horror á la sangre ¿ acaso no son legítimas sino cuando emanan del trono? Estas sociedades no se irrogaban ningun derecho, no reclamaban ninguna autoridad; se presentaban como humildes órganos de los gemidos sofocados en Francia. Creian que sus voces pudiendo, como mas libres, llegar hasta el trono, no serian en vano; y en efecto asi sucedió. El verdadero interes de los reyes, siempre está acorde con la justicia, y las persecuciones cesaron en cuanto el monarca las conoció.

Réstame hablar, señores, del último rasgo del carácter del caballero Romilly, porque le da nuevos derechos á vuestro interes; este rasgo desgraciadamente muy raro en una nacion, sobre la cual yo he procurado preservar mi juicio tanto de un entusiasmo fuera del caso, como de un resentimiento que es necesario ver desaparecer por el bien del mundo; este

rasgo, vuelvo á decir; era una adhesión profunda y sincera por la Francia; bien que no puede menos de suceder esto á los hombres que sienten correr en sus venas la sangre francesa. La injusticia puede apartarles de su patria, puede, prolongándose, obligar al desterrado á concluir sus días en el suelo extranjero; pero aun á la mas grande distancia de las generaciones que han dejado de existir; los sentimientos franceses renacen con solo oír el nombre de Francia: y cuando el descendiente de una patria vuelve á ver la tierra que habitaban sus antepasados, no experimenta en medio de su alegría sino un triste pensamiento, á saber, el de sus sufrimientos, y sobre todo el de su destierro.

Originario de Francia Sir Samuel Romilly amaba nuestro carácter nacional, nuestro espíritu, nuestra literatura, nuestras costumbres, nuestros hábitos sociales. Desde el principio de la revolución

de 1789 hasta el último momento de su vida se interesó siempre del modo mas decidido en todos los acontecimientos que pudieran contribuir á nuestro bienestar y libertad. En los primeros meses de este año memorable, en el que fueron proclamados principios, hácia los cuales nos habian conducido treinta años de experiencia, vino á Paris para ver á los hombres que se distinguian en aquella época: entonces se estrechó con él muy particularmente Mirabeau, y las primeras conversaciones de este recayeron sobre el estado difícil de conocer la constitucion británica, de cuyas resultas, y por instancias de aquel, hizo un compendio de los reglamentos observados en la cámara de los Comunes para las discusiones y votaciones, cuya obra hizo imprimir el mismo Mirabeau, explicándose de este modo en el prólogo cuando habla del autor: «debo, dice, este trabajo bajo emprendido para la Francia, á un

» ingles que, aunque jóven, ha merecido
 » una alta reputacion, á quien todos los
 » que le han conocido particularmente
 » miran como una de las esperanzas de
 » su pais: este es, continúa, uno de
 » aquellos filósofos respetables, cuyo
 » civismo no se limita precisamente á
 » la Gran-Bretaña. Semejantes filósofos,
 » ciudadanos del mundo, desean sinceramente
 » que los franceses sean tan
 » libres y no menos generosos que ellos
 » mismos. » « Su número es muy considerable,
 » dice Sir Samuel Romilly en una carta que cita
 » Mirabeau: aunque sensibles al honor que resulta á su
 » patria; cuando se dice que la libertad
 » inglesa ha pasado como un proverbio,
 » ellos, sin embargo, no descan ninguna
 » cosa con mas ardor que el ver que esta
 » distincion se confunde en la libertad
 » general de la Europa. » ¿Porqué al
 » cabo de treinta años los hombres de estado
 » no han querido tener parte en estos

votos? ¿Cuántos bienes hubieran logrado,
 y qué de males no se habrían evitado al
 mundo!

Aquí termina, señores, el encargo que
 me habeis impuesto. Se ha extendido mi
 discurso á todos los objetos que he de-
 bido tratar con una franqueza extrema:
 he creído que delante de esta asamblea
 no podia haber verdad ninguna que hu-
 biera de ocultarse, y que debia temer el
 dar mi juicio, fuera el que quisiese. No
 he querido vituperar ni lisonjear una
 nacion, cuyo mérito jamas he repugnado
 reconocer, porque no recelo seguramente
 que se hagan comparaciones con la Fran-
 cia; pero al mismo tiempo no he creído
 justo el disimular sus yerros, porque
 toda lisonja me parece que debe estar
 lejos de nosotros, tanto por los recuerdos
 de lo pasado, como por las circunstan-
 cias que duran todavía. Por otra parte
 estoy convencido por una experiencia
 que comienza á ser larga, que casi siem-

pre la franqueza y la prudencia vienen á ser correlativas; y que diciendo cualquiera constantemente su pensamiento sin excederse á mas, se evita el mas grande peligro que hay en el tiempo en que reinan los partidos, es á saber, las interpretaciones y las reticencias opuestas.

Vosotros estareis persuadidos, asi lo creo, que la muerte de Sir Samuel Romilly ha sido no solamente para la Inglaterra sino para la humanidad entera una fatalidad la mas cruel. Él reunia á un mismo tiempo dos cosas que rara vez pueden combinarse, á saber, la ciencia práctica y la filosofía especulativa: la ciencia práctica, que hace la especulacion aplicable; y la filosofía, que hace la práctica justa é ilustrada. Él queria la libertad; y, como todos aquellos que la quieren sinceramente, aborrecia el desorden; queria partir de lo que existia para mejorar y no para destruir; queria ilustrar la auto-

ridad, y contenerla en sus límites legítimos, pero no echarla por tierra; conciliarla con los derechos de todos, y darle en este hecho mas duracion; preservar los gobiernos del despotismo, que hace que se pierda el poder, y á los pueblos de la anarquía, que hace que se pierda la libertad. Su carrera ha sido lastimosamente interrumpida; pero sus trabajos, su gloria y su ejemplo nos quedan todavía. Mas de un desgraciado, que debe el no haber perécido á las leyes que él ha suavizado; muchos oprimidos, que han tenido su garantía en los principios que él ha proclamado; mas de una nacion quizá, que ha invocado su memoria ilustre contra los abusos de la fuerza, las maniobras de la perfidia, ó la insolencia de una victoria efímera; servirán por mucho tiempo todavía para hacer amable su memoria y respetar y bendecir su nombre.

Por lo demas, señores, dejando á un

lado la causa dolorosa del género deplorable de su muerte; hallaréis sin duda que no es por él por quien es preciso llorarla. La carrera de los defensores de la libertad es muy dura y trabajosa. Ellos encuentran sin cesar con el destino que engaña su esperanza, y con las calamidades imprevistas que devastan el campo que cultivan. Unas veces los crímenes, mas frecuentemente los errores, y algunas el miedo ó la ignorancia los arrojan muy lejos del punto y objeto á que se acercaban. Segun esto ¿no deben contemplarse por dichosos, si despues de haber hecho algun bien, gozan del descanso en el sepulcro?

Pero no por eso los que viven deben olvidar que tienen trazada la senda de sus deberes, y que han recibido del cielo una mision difícil, pero que son responsables, por lo cual no debe arredrarles el miedo de ser vencidos; porque aun cuando esto suceda, cumpliendo con sus

obligaciones, no podrán menos de tener la aprobacion de todos los hombres virtuosos: ademas deben advertir que defienden una noble causa en presencia del mundo, y que esta causa es auxiliada por los deseos de todos. No se desanimen, pues, porque ningun siglo se ha de degradar en tal manera que presente á todo el género humano dispuesto á recibir el despotismo. El tiempo que vendrá, jamas hará traicion á la especie humana; y siempre nos presentará ciertos hombres privilegiados para quienes la justicia será siempre una pasion dominante, y una como necesidad el defender al débil y miserable. La naturaleza ha querido esta sucesion, que ninguna fuerza ha podido interrumpir, ni interrumpirá jamas: y si muchos mueren en una obra tan gloriosa, vendrán despues de ellos otros que les sucederán en la empresa, y proseguirán su obra.